

su papel de "nuevos amigos", y de mantener una cierta alianza con los Estados Unidos contra el siempre temido ataque soviético, aconsejaron moderación a los coreanos del Norte, y procuraron llevarlos a la vía de la negociación. Que por otra parte no fue aceptada por Estados Unidos quienes, en lugar de la pérdida de influencia que se esperaba, reforzaron sus posiciones —sus tropas, sus armas, su dinero— en Corea del Sur. La idea de los coreanos del Norte de que en el Sur hay, como había en Indochina, un odio natural al ocupante extranjero y una fatiga considerable de la dictadura nacional no es disparatada: pero probablemente no tiene la suficiente fuerza como para levantar una oposición interior revolucionaria. Y tampoco la existencia de la dictadura de Corea del Norte es estimulante. Se trata de uno de los comunismos más duros del mundo.

En todo caso, ni Corea del Norte ni Corea del Sur parecen lo suficientemente independientes como para decidir su propio destino: ni para ponerse de acuerdo ni para guerrear. Los intereses de las grandes potencias influyentes son muchos y muy poderosos. Sería ciertamente una excelente solución

para la zona y para el mundo que los coreanos dejaran de estar influidos por la China y la URSS de un lado, por Estados Unidos de otro, y pudieran resolver sus problemas directamente, partiendo de una unificación que sería siempre difícil puesto que los treinta años transcurridos de regímenes, culturas y economías totalmente diferentes no han pasado en vano, y pueden pesar mucho más que los siglos de historia común. Pero no hay perspectivas favorables para ello.

El incidente en sí es difícil de describir, dada la diferencia de las versiones. Según los Estados Unidos, un grupo de soldados del contingente fronterizo de las Naciones Unidas acompañaban a un grupo de obreros que debían limpiar de ramajes una zona que había perdido visibilidad, al borde de un puente; desde el otro lado del puente, los coreanos del Norte atacaron y mataron a dos oficiales e hirieron a cuatro soldados y cinco obreros civiles. La versión de Corea del Norte es la de que catorce americanos que intentaban cortar árboles en la zona desmilitarizada fueron advertidos por una patrulla norcoreana de que salieran del lugar interrumpiendo su tarea: en lugar de aceptar o discutir, se lanzaron sobre los soldados norcoreanos y los agredieron con sus hachas (una de las cuales, tinta en sangre, ha sido mostrada como prueba): los soldados hubieron de contestar "contra su voluntad" y produjeron las víctimas en lo que consideran legítima defensa.

La alusión al contingente de las Naciones Unidas es puramente académica. La guerra de Corea, como queda dicho, se hizo en nombre de las Naciones Unidas cuando estaban dominadas por los Estados Unidos, y el acuerdo de paz se firmó en nombre de las Naciones Unidas. Pero no hay en realidad soldados de las Naciones Unidas en Corea del Sur, sino una fuerza militar de los Estados Unidos sostenida en virtud de acuerdos bilaterales con Corea del Sur. Los soldados que patrullan la frontera son norteamericanos y surcoreanos exclusivamente: el nombre del contingente de las Naciones Unidas es inadecuado y no responde a la realidad, sino que disfraza aún una forma de intervención. En la Asamblea General se tratará este caso, y se insistirá mucho en la retirada de esa apelación. ■

SITUARSE EN EL CENTRO

A la par que estos argumentos públicos, los tradicionalistas arguyen otros en privado. Según ellos, con la suspensión "a divinis" de monseñor Lefebvre, Pablo VI a querido compensar la sanción que impusiera poco antes a Giovanni Franzoni, abate de San Pablo Extramuros, de Roma. A éste le redujo al estado laico, por sus posiciones de izquierda. Franzoni aceptó con serenidad la sanción, prefiriendo someterse al juicio "del pueblo de Dios"; el obispo integrista, en cambio, parece decidido a ir más lejos.

No carece de apoyos el prelado: las "Asociaciones Pio X", que agrupan a numerosos católicos de las regiones norteafricanas de Francia y de toda Bélgica estarán presentes el día 29 en Lille. Y sin duda se hallarán allí también muchos de los que, desde hace años, acompañan a monseñor Lefebvre por la vía del paleocatolicismo. Según la prensa italiana (parece ser que en Francia no resulta oportuno airear esto), monseñor Lefebvre fue el máximo inspirador y protector de un grupo denominado "Oficio internacional de formación cívica según el derecho natural y cristiano". Entre sus actividades destinadas a mantener la Santa Tradición, figuraron según "L'Espresso" la financiación de las barricadas en Argel, en 1960, del "putsch" de los generales Jauhaud, Zeller, Salan y Challe también en Argelia, en 1961, y luego, del terrorismo de la OAS.

Al mismo tiempo, Lefebvre era protagonista destacado del Concilio, y fundó el "Coetus internationalis patrum", reuniendo a cuatrocientos treinta y cinco obispos que lucharon, hasta el último día, contra la orientación que habla tomado el Vaticano II. Este "Coetus..." tenía un órgano de expresión, una publicación mensual titulada "Relazioni". Además de Lefebvre y sus obispos, entre sus patrocinadores figuran nombres tan conocidos por su tradicionalismo como el líder de la ultraderecha católica alemana, Franz Joseph Strauss, el coronel survietnamita Nguyen Cao Ky, el padre Julio Menivelle, capellán de la AAA argentina, etcétera. Y entre los etcéteras conviene no olvidar a los que le apoyaron: el cardenal Ottaviani, sucesor de Torquemada al frente del Santo Oficio; James McIntyre, líder de la Iglesia norteamericana; Giuseppe Siri, cerebro de los integristas romanos y los brasileños Antonio de Castro y Gerardo de Proença, cuyo lema es "Tradición, familia y propiedad".

Sobre la cabeza cana de Lefebvre pende la espada de la excomunión. Lo dijo Pablo VI en su lenguaje florido. El obispo sigue preparando, tranquilamente, la celebración de la misa "comme il faut", en latín y de espaldas al pueblo. Apasionante. Cita el 29. ■ RAMON CHAO.

Francia

Suspense eclesiástico

ESTANDO a punto de salir de vacaciones, o ya en las autopistas y en las playas, los franceses se entusiasman con las proezas de su corredor Guy Drut en Montreal, y apostaban por su triunfo en los 110 metros; ahora, de regreso, el interés general se centra en la misa que el obispo de Ecône, monseñor Lefebvre, tiene anunciada para el día 29, en Lille. ¿La dirá o no la dirá? Suspense eclesiástico.

La comparación es abusiva, dirán algunos. No tanto: el mismo lenguaje deportivo se utiliza para relatar ambas acciones, y en "Le Monde" podemos leer que "la hazaña del obispo integrista va a ser festejada por los que lo consideran el campeón indiscutible de la ortodoxia anticonciliar".

La misa que quiere officiar monseñor Lefebvre es, ni más ni menos, que la que habla instituido Pio V, en latín; la misa preconiliar, la misa de las catacumbas. Uno de sus discípulos, el joven de cabeza rapada Emmanuel de Chalard, ya celebró una semejante —el día de su ordenación, hace unas semanas—, en el anfiteatro romano de Lutecia, en París. Un numeroso público, de fieles y de turistas maravillados de ver semejante espectáculo después del de "Emmanuelle" (y en el mismo barrio), asistieron a esta celebración.

La misa del 29 en Lille tendrá otro público y mayores repercusiones. Monseñor Lefebvre, de voz

dulce, ojos azules y setenta y un años, se ha convertido en cabecilla de una facción integrista dispuesta a provocar un cisma en la Iglesia católica. Ya tiene sus discípulos, que se forman en el seminario tradicionalista creado por el obispo en Ecône, en Suiza. Mientras que los seminarios clásicos van cerrando sus puertas —¡qué bello, el de Mondoñedo, vacío!— éste ordena a cientos de jóvenes.

Al Vaticano se le planteó ya el problema de la utilización de estos seminaristas "salvajes", cuando hay tal penuria de sacerdotes; algunos fueron "recuperados", tras estancias en Toledo y en Roma, pero la mayoría sigue predicando lo que ellos consideran la esencia del cristianismo. La ordenación era canónicamente válida, y el Vaticano les prohibió el ejercicio del ministerio. No le quedaba al Papa más solución que suspender "a divinis" al cismático monseñor Lefebvre. Y esto acaba de hacer, provocando una salva de protestas. Integristas franceses de todas las profesiones (escritores, como Michel de Saint Pierre o Jean Dutoit; médicos, como Louis Salleron; compositores, como Henri Sauguet, etcétera), instan al jefe de la Iglesia católica para que anule su decisión: "Se están celebrando misas extrañas por todas partes —le dicen—, que no tienen nada que ver con la Misa de Pablo VI, y se hace con una total impunidad". Así,



Monseñor Lefebvre se ha convertido en cabecilla de una facción integrista dispuesta a provocar un cisma en la Iglesia católica.

pues, ¿se van a permitir todas las "celebraciones eucarísticas", salvo la misa tradicional? Las Iglesias van a estar abiertas para los musulmanes, los israelitas, los budistas, y cerradas para los sacerdotes de sotana? Creemos —añaden esas personalidades— que la misa tradicional y el sacerdocio de siempre pueden encontrar un lugar para consolidar y extender los dogmas de una Iglesia en sus formas esenciales, y que así lo ha hecho a través de las vicisitudes de la Historia. ¿Qué será de la Iglesia sin sacerdotes y sin misa?